

dos! ¡Cuánto hemos ejercitado la paciencia de Dios! Todos los días de él ha tenido aumento el cargo de los beneficios divinos, ya corporales, ya espirituales, y el de las culpas cometidas de pensamiento, palabra y obra. En cambio, la data de las obras buenas es casi nula. Pocas, y muy debidas, y hechas con grandes imperfecciones. Siguiendo este camino, ¿qué va á ser de nosotros? ¿Cómo nos atreveremos á presentarnos delante del divino tribunal? ¡Ah! Dios, en su infinita misericordia, aunque podía habernos quitado el talento de nuestra vida que tan mal empleábamos, tiene paciencia, nos espera, nos deja continuar otro año. Proseguirá cuidando amorosamente de la higuera estéril de nuestra alma; la regará todavía por más tiempo con su preciosa sangre; quizá la cave con algunas tribulaciones, á fin de que dé ópimos frutos. ¿Qué nos conviene á nosotros hacer? ¿Qué quisiéramos haber hecho al terminar el año que hoy empieza? Entremos dentro de nuestro corazón: miremos lo que se ha de reformar, enmendar ó perfeccionar; formemos adecuados propósitos, y pidamos á Jesús las gracias que necesitamos y también por todo el mundo, especialmente por los que hayan de morir este año.

EPIFANÍA DEL SEÑOR.

PRELUDIO 1.º Los Reyes Magos buscaron á Jesús con presteza, constancia y prudencia, y le hallaron; y después de ofrecidos sus dones, volviéronse á su tierra por otro camino.

PRELUDIO 2.º Representate á los santos Reyes en estas distintas circunstancias.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitarlos con perfección.

Punto 1.º En este punto has de considerar cómo los Reyes Magos son el más acabado modelo de los que han de buscar á Jesús y á su divina gracia. Luego que vieron en el cielo la estrella que les anunciaba el nacimiento del Rey deseado, se ponen en camino. Nada les detiene; ni el gobierno de sus estados, ni las lágrimas de sus familias, ni la crudeza del tiempo, ni lo largo y desconocido del viaje. Así quiere Dios ser obedecido de aquellos á quienes llama. ¡Dichoso tú si, imitando á estos esclarecidos Reyes, sigues con presteza el llamamiento del Señor! Pondera luego la constancia con que buscan al suspirado Rey. Por todas partes se ven rodeados de peligros, y no desisten; los desiertos que han de atravesar están infestados de fieras, y no se acobardan. Miran la estrella que marcha pausada y majestuosamente delante de ellos, y no tuercen ni á la derecha ni á la izquierda. Pero era necesario que pasasen por una nueva y dolorosa prueba; de repente se eclipsa la estrella; vense privados de este único consuelo y guía en medio de un país desconocido. ¿Qué harán estos ilustres Reyes? ¿Se volverán á sus dominios avergonzados y confusos, creyéndose víctimas de una ilusión? Nada de esto; no lo consiente su admirable constancia; faltos

de los medios divinos, apelan á los humanos; indagan, preguntan, inquietan con esmero, hasta que logran su intento. Mas en toda esta tribulación, ¡qué prudencia tan consumada demuestran! Mientras brilla la estrella, á nadie descubren su pretensión; desaparece la luz celestial, y debiendo buscar al Rey de los judíos, se acercan á preguntar á éstos, que son los que con certeza podrán contestar, puesto que á ellos han sido confiados los oráculos divinos. Considerando con admiración este suceso, alégrate de que el Señor se haya dignado comunicar dones tan soberanos de su gracia á estos gloriosos varones, y confúndete de verte tan rezagado, inconstante y voluble para las cosas divinas, y para lograr tu santificación. ¡Oh gloriosos Reyes! Por los dones soberanos de gracia que del divino Jesús recibisteis, os ruego encarecidamente me alcancéis puntual presteza en seguir la vocación, firme constancia en la práctica de la virtud, y sabia prudencia en huir de los peligros y escoger los medios que me pueden conducir como á vosotros al divino Redentor.

Punto 2.º Considera aquí cómo los santos Reyes nos enseñan lo que debemos hacer luego que hemos tenido la inmensa dicha de hallar á Jesucristo y á su divina gracia. Tres cosas practicaron estos distinguidos varones después de hallado aquel rico tesoro que con tal deseo habían buscado. Adoráronle con humildad, ofreciéronle con largueza sus dones, y volviéronse á su tierra por otro camino. Contempla á estos Monarcas cómo no vacilan en quitar de sus sienes las coronas, y deponer su cetro, y postrarse á los pies de aquel Niño que su Madre tiene en su regazo. ¡Qué fe tan viva! ¡Qué humildad tan sincera! ¡Qué amor tan reverente! Y tú, ¿no te humillas delante de Jesús? Si ahora que está glorioso y triunfante en el cielo, vestido de luz y adorado de millones de ángeles, no sabes humillarte ante su Majestad, velada por amor tuyo en el divino Sacramento, ¿cómo te hubieras humillado si le hubieras visto en un pesebre entre animales? Sin embargo, esto es lo que te exige Jesús. Los Reyes añaden á sus reverentes adoraciones generosos obsequios. Saben que el hombre no debe aparecer vacío delante de su Dios, que tan generoso se muestra con él; por esto, sin levantarse de su actitud humilde, abren sus tesoros, y los ofrecen al divino Rey, el cual los acepta agradecido por medio de su celestial Madre. ¡Qué dones tan preciosos! ¡Qué ofrendas tan significativas! Oro como á Rey, incienso como á Dios, mirra como á hombre mortal. Con estos dones ofrécenle su corazón, su alma y su cuerpo. Y nosotros, ¿qué ofrecemos á Jesús? ¡Siquiera imitémos el ejemplo de los Magos después de adorar á Jesús! Ellos se van á su tierra por otro camino; no vuelven á Jerusalén, no visitan á Herodes, no aguardan una nueva estrella. Nada de esto es necesario; antes sería peligroso: además, tienen orden de Dios. ¿Hemos hallado á Jesús? ¿Hemos alcanzado su gracia?

Preciso es que vayamos por otro camino; apartémonos de aquel que nos alejaba de nuestra patria. El camino que debemos seguir es la oración, el recogimiento, la obediencia, la humildad; el que debemos evitar es la disipación, soberbia, libertad de los sentidos é imaginación. ¿Cómo lo hacemos? ¡Oh dulce Jesús! Habladme con aquella eficacia con que hablasteis á los Magos, á fin de que, como ellos, os adore con humildad, os obsequie con generosidad, y con decisión siga el camino de vuestros mandamientos que me ha de conducir á la gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta verdad merecen el nombre de Reyes Magos los distinguidos personajes que en este día adoraron al Redentor! Son Reyes por el perfecto dominio sobre sí mismos de que dieron evidente testimonio; son magos ó sabios por la celestial sabiduría que mostraron. Ellos enseñaron al mundo á buscar á Jesús con presteza, sin demora, flojedad ni á remolque; con constancia, sin vacilaciones, dudas ni incertidumbres; con prudencia, practicando los medios más eficaces para hallarlo. ¡Oh, si nosotros les imitásemos! ¡Si, como ellos, siguiésemos la estrella de la divina inspiración y voluntad! Hallado el Rey que buscaban, los Magos se postran reverentes y le adoran; abren sus tesoros, y le ofrecen sus dones; y, llegado el tiempo de partir, se van por otro camino, según el aviso del cielo. Pongamos nuestra consideración en estos gloriosos varones, y reflexionando sobre nosotros mismos, examinemos si buscamos á Jesús con la presteza, constancia y prudencia que ellos, si le ofrecemos con sinceridad nuestros dones; lloremos nuestra tibieza; propongamos eficaz reforma, y con fe y confianza, pidamos por nosotros y por todos los hombres del mundo.

PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN.

PRELUDIO 1.º La Virgen fué al templo á cumplir la ley de la purificación, y allí el Señor llenó de consuelo su alma y de amargura su maternal corazón.

PRELUDIO 2.º Representémonos á la Virgen en el templo oyendo los tristes anuncios de Simeón.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de saber imitar á la Virgen en las virtudes que ejercita en este misterio.

Punto 1.º Considera cómo, transcurridos los días que marcaba la ley, María y José abandonaron su amado retiro de Belén, en el cual tan sobrenaturales regalos habían recibido del Señor, y se trasladaron á Jerusalén para cumplir lo que estaba prescrito para las demás mujeres que se hallaban en las circunstancias de María, pero no para esta purísima Señora; con lo cual, por una parte nos dió un ejemplo admirable de obediencia, y por otra nos enseñó prácticamente que no hemos de vacilar en dejar el recogimiento y quietud de la oración cuando se trata de cum-

plir alguna obediencia que nos impongan. Pondera cómo para dar cumplimiento á la ley de la purificación, María fué al templo, se presentó como si fuese inmunda al sacerdote, y ofreció el sacrificio que estaba mandado para las mujeres pobres, que consistía en un par de tórtolas ó palomas. Esto mismo debes tú practicar de un modo espiritual si deseas purificarte de las manchas que en verdad has contraído. Primeramente, has de presentarte á la casa de Dios, porque, aunque en todo lugar debes adorar al Señor en espíritu y verdad, pero el templo es el lugar en donde Él se digna hablar más particularmente al que le escucha, y escuchar al que le habla. Luego, has de confesarte inmundo y pecador, abriendo ante el ministro de Dios tu corazón y descubriéndole con profunda humildad y vivo dolor todas tus llagas, aunque sean asquerosas y hediondas. Lo tercero, debes ofrecerle el sacrificio por el pecado, el cual consiste en una verdadera y cordial compunción y en un propósito firme y eficaz de evitar las culpas, gimiendo como paloma tus extravíos y huyendo como tórtola á la soledad, lejos de los escollos y peligros que ofrece el mundo y bullicio de los hombres. ¿Practicas estos medios para purificarte? ¿De qué modo lo verificas? ¡Oh Virgen purísima! Vos, aunque más pura que los cielos, más blanca que la nieve y más limpia que el sol, queréis presentaros como impura y necesitada de purificación. ¡Oh humildad inefable! Por ella os pido que me ayudéis á purificarme de mis culpas, usando de los medios que Vos me habéis enseñado.

Punto 2.º En este punto debes considerar cómo María, después de haber hecho la ceremonia de la purificación, ofreció á Dios su divino Hijo, que era el objeto más excelente, rico y precioso que tenía. Aprende tú á ser generoso con Dios, y no te atrevas á ofrecer el santo sacrificio ni á recibir el divino Cordero sin que estés purificado del todo de tus culpas y pecados. Pondera luego el modo cómo premia Dios á la Virgen el riquísimo presente que le ofrece. No solamente la consuela, inspirando á dos insignes santos las grandezas del divino Jesús, y moviéndoles á que las pregonen públicamente, sino también la descubre los espantosos suplicios y crueles contradicciones de que ha de ser víctima aquel preciosísimo Niño, y la cruel espada que había de atravesar su corazón maternal. De estos dos modos paga el Señor en este mundo los obsequios que se le hacen y los servicios que se le prestan. Unas veces consuela con dulcísimos regalos, descubriendo los secretos divinos que se ignoraban; otras da parte en su amargo cáliz, compartiendo con sus más queridos amigos los dolores y penas que Él sufrió con tanta terribilidad en su vida y Pasión. Y no es menor prueba de amor ésta que aquélla; como no probó menos la predilección que Jesús tenía á los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan cuando les admitió á ser testigos de su agonía en el huerto, que cuando les regaló con las dulzuras de la

transfiguración. ¡Oh, si nos convenciésemos de que es señalada y peculiar providencia de este amoroso Padre el castigar al que recibe por hijo! ¡Oh, si tuviésemos la dicha, no sólo de creer en Jesús, sino de padecer por su amor! ¡Oh afligida Madre! ¡Qué paga tan nueva os da el Señor por la infinita ofrenda que le presentáis! Por ella os ruego que sea yo generoso con Dios, agradecido á sus favores y resignado en los trabajos, y que, por graves que éstos sean, jamás me aparte de su amor y servicio.

Epílogo y coloquios. ¡Hermosísimo y por demás edificante es el ejemplo que nos da María en la purificación! Las virtudes más excelentes brillan en ella de un modo admirable. Su amor al retiro, su humildad profundísima, su obediencia absoluta, su devoción angélica, su generosidad ilimitada para con Dios, su amor á la pobreza, su modestia admirable en las alabanzas, su constancia y fortaleza á toda prueba en los dolores, su resignación omnímoda en las tribulaciones... ¡Qué cúmulo tan inmenso de riquísimas virtudes! ¡Oh, si supiésemos nosotros copiarlas con perfección, modelando por este dechado las acciones de nuestra vida! Entonces quizá nos haríamos dignos de que el Señor nos tratase con el amor y predilección que á esta celestial Señora, comunicándonos dulces, suaves y espirituales regalos en la práctica de la virtud, y dándonos participación en las amarguras de su cáliz. Pues, ¿cuándo, de qué modo, en qué ocasiones podemos imitar las virtudes de María? Para realizarlo, ¿qué propósitos y resoluciones nos conviene hacer? Pidamos al Señor, por intercesión de su divina Madre, luz para conocerlos, gracia para cumplirlos, y socorro en todas nuestras necesidades espirituales y corporales.

ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN.

PRELUDIO 1.º María en su retiro recibió la visita del arcángel san Gabriel, que le anunció que sería Madre de Dios, y en esta ocasión dió notables ejemplos de prudencia, obediencia y otras esclarecidas virtudes.

PRELUDIO 2.º Representémonos á María turbada oyendo la salutación y las palabras del arcángel.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar los admirables ejemplos de María.

Punto 1.º Fué enviado el arcángel san Gabriel á María. Considera aquí las relevantes prendas que dispusieron á esta celestial doncella para recibir la visita de este arcángel, y esta embajada de Dios. María era la más humilde de todas las criaturas; penetrada de una celestial luz, conocía perfectamente su propia nada y daba al Señor toda la gloria, sin usurparla para sí; propio es del Señor dar su gracia á los humildes, mirarlos con predilección, y servirse de ellos para cosas grandes. Si tú deseas los dones del cielo, preciso es que seas humilde; no te

desdénies ni avergüences, aunque tu origen sea modesto, la clase á que perteneces sea baja, y la ocupación obscura. María vivía en el retiro, guardando un silencio casi continuo, sin interrumpirle más que para dirigir á Dios sus ardientes oraciones. ¡Oh qué disposición tan importante y poderosa es ésta para alcanzar las visitas del cielo y las inspiraciones de Dios! No se halla á Dios en la conmoción y en el bullicio del mundo, si el hombre se introduce voluntariamente en él; cuando el Señor quiere hablarnos al corazón, comienza por guiarnos á la soledad. El ángel del Señor halló á María, no en la plaza pública, no entregada á conversaciones y pasatiempos inútiles, sino en lo secreto de su retiro, hablando con Dios, escuchando su divina voz, derramando en su presencia su purísimo corazón abrasado en amor. Finalmente, María arde en vivos deseos de ver al Mesías, de servirle, obsequiarle y probarle con todos los modos posibles su amor; y estos deseos son un poderoso imán que atrae á su seno al Hijo de Dios. ¿Deseas tú que el Señor te visite con misericordia, para enriquecerte de bienes? Sé humilde y recogido y aviva los deseos de tu santidad y perfección. ¡Oh Madre mía amantísima! Mira con misericordia á mi pobre alma; el estado en que se halla es en extremo lamentable; lejos de disponerse para que el Señor la visite, con su soberbia, disipación y tibieza se hace merecedora del divino abandono; ayudadme, Señora, con vuestra protección, alcanzadme la divina gracia para imitaros en este mundo, y después contemplaros en el otro.

Punto 2.º Considera en este punto el modo admirable cómo María recibe la visita del ángel y oye su pomposa é inesperada salutación. Dícele el mensajero divino: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor contigo». Al oír María estas alabanzas que, en su humildad, juzgaba tan inmerecidas, se turba, medita y reflexiona qué salutación sea ésta. Así obra el verdadero humilde; calla y se ruboriza, viendo cuán otro es de lo que de él dicen; por el contrario, el soberbio responde á los aplausos de los hombres con muestras de afectado agradecimiento, ó los rechaza hipócritamente, creyéndose entretanto muy digno de ellos. Pondera igualmente cómo se porta María cuando el ángel le descubre el objeto de su embajada, anunciándole que había sido escogida para una dignidad tan sublime, cual es la de ser Madre de Dios. Primeramente indaga modestamente si tal revelación está del todo conforme con lo que había prometido el Espíritu Santo. Y cuando ya está cerciorada de la voluntad de Dios, entonces, con una abnegación á toda prueba, con una humildad increíble, con una obediencia nunca oída, contesta: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». ¡Con qué prudencia examina esta Señora los espíritus si son de Dios! ¡Cómo sabe hacerse superior á sí misma, olvidándose de su propia debilidad, para ofrecerse á los más insuperables trabajos; de su excelsa dig-

nidad, para pensar en su propia vileza; de la pequeñez de su ser, para confiar en la grandeza y poder de Dios! ¡Oh, si nosotros recibiésemos, como María, las visitas del Señor! ¿Cómo nos conducimos cuando Él se digna visitarnos en la comunión, con alguna enfermedad, ó con algún consuelo en la oración? ¡Oh María! Pues que os dignáis ser nuestra Madre, alcanzadnos de Dios espíritu de hijos, de modo que os imitemos fielmente, no sólo en las prosperidades, sino también en las adversidades, ya nos visite el Señor con misericordia, ya nos haga sentir el rigor de su justicia.

Epílogo y coloquios. ¡Qué honor tan soberano para María el recibir una embajada del mismo Dios, siendo el embajador uno de los más elevados ángeles de la gloria! ¿Cómo se ha hecho digna esta excelsa Señora de tan inefable gloria? ¡Ah! Es humildísima, vive en el mayor recogimiento y abnegación propia, arde en vivos deseos de ver la redención del mundo. Este es el camino de la verdadera y sólida gloria. María, al oír la salutación gloriosa del ángel, se turba, reflexiona y calla. Esto hace el humilde. Oyendo el anuncio del celestial parainfo, que le descubre que ha de ser Madre de Dios, discurre, y pregunta con humildad y prudencia cómo puede realizarse tal prodigio en Ella, y, conocido el misterio, con una abnegación á toda prueba, acepta generosa la inmensa carga de corredentora del género humano y Madre de todos los hombres. ¿Es posible que nosotros no amemos con todo nuestro corazón á esta admirable Señora? ¿Qué más pudo hacer por nosotros? Y, ¿qué hacemos nosotros por Ella? Examinémonos con detenimiento, propongamos con firmeza, y pidamos con fervor y confianza por nosotros y por todo el mundo.

ASCENSIÓN DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesucristo subió á los cielos á vista de sus discípulos, comunicándoles en esta ocasión gracias muy singulares.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesucristo subiendo gloriosamente á los cielos.

PRELUDIO 3.º Pidamos viva fe de este misterio y ardiente deseo de acompañar á Jesús.

Punto 1.º Considera cómo, llegado el día señalado por el Señor, salió con sus discípulos de la ciudad de Jerusalén, llevólos al monte Olivete, y, después de haberles dado su bendición, comenzó á subir con majestad y gloria á los cielos, viéndolo ellos, hasta que una hermosa nube lo quitó de sus ojos. Este es uno de los misterios más estupendos y más gloriosos para nuestro Salvador. ¿Quién no queda arrebatado de admiración al considerar á un hombre de carne y hueso como nosotros, que, para salir del mundo, comienza á elevarse por sí solo por estos aires con pausa, majestad y gloria inefable, y que, cuando Él quiere,

en la misma atmósfera hace aparecer una milagrosa nube, en la cual se esconde, para sustraerse á las miradas de los hombres? Los antiguos poetas no habían llegado á fingir una gloria semejante. ¡Cuán distinta es esta salida del mundo que hoy verifica Jesús, de la que realizan los demás hombres mortales! Estos, al morir, bajan al seno de la tierra, y muchos al profundo del infierno; Aquél sube por los aires sin detenerse hasta llegar á la misma derecha de Dios. Éstos dejan un cuerpo hediondo, repugnante, objeto de horror para los que le ven; Aquél ostenta un cuerpo hermosísimo y resplandeciente, llevando en pos de sí cautivos á todos los que le contemplan. Éstos alejan de su alrededor á todos los hombres, aun los más allegados y amigos; Aquél une tan estrechamente consigo con los lazos de la caridad á los que le ven, que no quisieran jamás separarse de Él. Considerando todo esto, despierta por una parte sentimientos de desprecio y horror á las cosas del mundo, aunque sean muy apetecidas de los hombres, viendo el resultado final que tienen, y por otra alaba, bendice y alégrate de la gloria de Jesús, deseando participar de ella. ¡Oh Redentor gloriosísimo! Gózome de que subáis glorioso y triunfante por los aires, alegrando á los ángeles que os acompañan, á los hombres que os miran y al Padre Eterno que os espera, para colocaros á su diestra; haced que os acompañe yo en vida, imitando vuestros ejemplos, para que pueda después acompañaros en muerte, subiendo á vuestra gloria.

Punto 2.º En este punto has de considerar cómo la Ascensión del Señor encierra preciosísimos bienes para todos sus discípulos. En este misterio hallan los cristianos el más eficaz motivo para despertar la alegría y júbilo santo. Jesús es nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro Maestro, nuestro Amigo, nuestro Hermano mayor. ¿Qué súbdito, hijo, discípulo, amigo ó hermano no se regocija de la gloria de su rey, padre, maestro, amigo y hermano? Además, si Jesucristo, nuestra cabeza, ha subido á los cielos, nosotros, sus miembros, subiremos también. La Ascensión del Señor es la causa ejemplar y eficiente de la nuestra: ejemplar, en cuanto nos muestra el modo cómo subiremos; eficiente, por las abundantes gracias que comunica el Señor á los que meditan con devoción este misterio. Él ha ido á prepararnos el lugar; como amante Padre volverá para llevar á los suyos adonde Él está, porque quiere tener consigo á sus ministros y siervos, y en donde está el cuerpo quiere que se reúnan las águilas. Pondera cómo la Ascensión de Jesucristo nos enseña también el camino que hemos de seguir para subir á la más elevada perfección. Él sube después de resucitado, habiéndose entretenido largo tiempo en santas conversaciones con sus discípulos; sube desde el monte de las Olivas, en cuya falda había sentido antes extremada tristeza y comenzado á beber el cáliz de su Pasión. Del propio modo, si tú quieres subir á la más elevada santidad,

debes antes resucitar á la vida de la gracia, ocuparte en hablar devotamente con Dios y santamente con tus prójimos; has de procurar la justicia, la paz con Dios, contigo y con los prójimos, y emprender valeroso el camino de la cruz, auxiliado con la divina gracia. ¡Oh Salvador mío! Ya que dijisteis que vendríaís desde el cielo para visitar á vuestros discípulos y llevarlos á vuestra gloria, yo, discípulo vuestro, aunque indigno, suspiro por Vos; venid á mí, conducidme por el camino de la santidad, por la imitación de vuestras virtudes, y hacedme digno de la eterna bienaventuranza.

Epílogo y coloquios. ¡Oh milagro nunca oído! ¡Oh portento nunca visto! Jesús, nuestro amado Redentor y querido Padre, sube majestuoso á la gloria. Desde la cumbre del monte de las Olivas, á la vista de sus discípulos, después de haberles dado la bendición, principia á elevarse majestuosamente por los aires, dirigiendo su camino á la gloria; una nube milagrosa le recibe en su seno y le oculta á las miradas de los hombres, y en este nuevo tabernáculo sube hasta lo más alto del cielo. ¡Qué júbilo experimentarían los espíritus angélicos! ¡Qué himnos de gloria entonarían las almas bienaventuradas que con Jesús subían! ¡Qué gozoso estaría el Padre Eterno, viendo subir al Hijo de sus complacencias tan cargado de ricos despojos! Y nosotros, ¿por qué no nos alegramos en este solemnísimos día en que tanta gloria recibe el que es nuestro Padre, Hermano, Maestro, Amigo y Redentor? ¿Por qué no procuramos ahora seguir su camino, subiendo á la mayor perfección posible, y de este modo hacernos dignos de acompañarle algún día en su subida á la gloria? ¿Qué nos conviene proponer para esto? Subamos ahora con Jesús al monte de la perfección, y desde él podremos subir al monte de la gloria. Veamos lo que debemos practicar al efecto; pidamos con confianza todo cuanto deseemos para nosotros y para los demás.

FIESTA DEL CORPUS CHRISTI.

PRELUDIO 1.º En esta festividad quiere Jesús renovar de algún modo los misterios de su vida, andando por las calles y plazas, haciendo bien á todos.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús recorriendo por la Judea con grande séquito, y á ti acompañándole con las turbas.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber acompañar á Jesús con tiernos afectos de amor, confianza, agradecimiento y humildad.

Punto 1.º En este punto has de considerar cómo el Señor, por medio de las procesiones que celebra en este día la Iglesia, pretende recordar á todos los cristianos los viajes largos y jornadas que hizo durante su vida mortal para la salvación del mundo. Porque, así como en el tiempo que vivió sobre la tierra pasó

haciendo bien á todos y sanando á los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con Él; así también ahora en el divino Sacramento recorre los templos, plazas y calles de la cristiandad, haciendo bien á todos los que con viva fe llegan á Él, confesándole, adorándole y alabándole con todo su corazón, porque Dios está dentro de Él; y así va comunicando á los que le siguen todo género de bienes, con resplandores de celestial luz, enseñándoles como Maestro, curándoles como Médico, perdonándoles como Salvador, y apacentándoles como Pastor con su mismo cuerpo y sangre. Pondera, en especial, cómo en esta ocasión se renueva de algún modo aquella pompa y solemnidad con que Jesús hizo su entrada en Jerusalén el Domingo de Ramos; porque, como entonces entró en aquella ciudad manso y humilde, sentado sobre un jumentillo, y le salió á recibir muchedumbre innumerable de gente para honrarle, alabarle y obsequiarle; así ahora va por las calles manso y humilde, cubierto con el velo de los accidentes de pan; y todos los cristianos, ricos y pobres, reyes y vasallos, vienen á honrarle y glorificarle con hachas y luminarias, con músicas y cánticos de júbilo, adornando las calles con flores y ramos, y con ricos doseles, cual corresponde á la grandeza de este Señor. ¡Oh alma mía! Mira los sentimientos con que debes acompañar á este bondadoso Señor; arroja á sus pies todos tus bienes con espíritu de pobreza; póstrate en su presencia con profunda humildad, y entona en tu corazón armoniosos himnos con aquel espíritu que lo hacen los ángeles en el cielo.

Punto 2.º Considera en este punto el fin que se propone el Padre Eterno y el mismo divino Hijo al ordenar las solemnes procesiones de este día. El Padre Eterno pretende con ellas premiar de algún modo en la tierra las estaciones dolorosas y afrentosas que Jesús anduvo en la noche y día de su Pasión. Y pues entonces fué llevado de tribunal en tribunal, de casa en casa, y después al Calvario con la cruz á costas, acompañado de soldados y gente armada y con voz de pregonero anunciando sus fingidos delitos, quiere que ahora vaya por las calles y plazas, entonando los cristianos cánticos de alegría, y que los soldados y grandes de la tierra le rindan homenaje, y que los hombres tengan á grande honor llevarle en sus hombros, y que le pongan tronos riquísimos, y que delante de Él doblen todos con gran reverencia las rodillas, mucho mejor que los súbditos de Asuero delante de Mardoqueo. ¡Cuán de verdad honra el Señor á aquellos á quienes quiere honrar! Finalmente, el mismo Hijo de Dios dispone también que los hombres en la tierra le hagan fiesta al modo que se la hacen los bienaventurados en el cielo, á fin de tener ocasión de mostrar las riquezas de su misericordia infinita. En el cielo los veinticuatro santos ancianos arrojan sus coronas delante de Él; los santos cuatro animales le entonan himnos de gloria, alabando su omnipotencia, eternidad y dominio absoluto;